

fren un movimiento de reacción y huida; los segundos, un movimiento de revolución y lucha» (23). Labastida se sitúa al lado del artista frente a la realidad, en actitud de protesta, abogando por la transformación de la sociedad.

Al enjuiciar Octavio Paz al grupo en la introducción de *Poesía en movimiento*, título que con referencia a los amotinados debería cambiarse por el de «poesía de movimiento», señala los signos que corresponden a cada uno de los poetas, con exclusión de Jaime Augusto Shelley, el menos testimonial. Y así Bañuelos es, para Paz, el trueno que irrumpe de la tierra, considerada como protesta de abajo, del subsuelo social mexicano. Oliva es el viento que recoge y extiende el mensaje de ecos colectivos y los explota en la mitad a los cuatro vientos de su patria. Heraclio Zepeda es la montaña, «el lugar donde viven los muertos y los vivos guerrean». Labastida es el lago que recoge los elementos de su filosofar poético. La inmovilidad y la reflexión que le confiere Octavio Paz contrastan con su concepto de poesía, que es para Jaime Labastida «una lengua que golpea la realidad, una palabra que toca la conciencia, una dulce y ácida garganta que vocifera odio y amor. La poesía es una barricada: de este lado, la violencia; pero también la muerte y la vida». La poesía, concluye el poeta y yo concluyo con él, «es un motín de pesadumbre, de dulzura y de cólera».—RAMIRO LAGOS (*Galileo*, 92, 5.º B. Madrid).

(23) Labastida, *op. cit.*, p. 11.

EN TORNO A LA LITERATURA CULTA Y A LA LITERATURA POPULAR EN LA ESPAÑA MODERNA

Hace poco Umberto Eco aludía con cierto deje irónico a las diferencias entre cultura culta y cultura popular (*High and low-brow culture*) (1). Mucho antes, el comunista italiano Antonio Gramsci, en sus *Quaderni del carcere*, llamó la atención sobre la importancia de estudiar las formas populares de cultura como vehículo indispensable en la historia de las ideas y el movimiento obrero (2). Alude allí muy directamente a la literatura de cordel que vendían en Europa mercaderes ambulantes que recorrían el país de feria en feria. En Italia,

(1) «Lowbrow Highbrow, High Brow Lowbrow», *TLS*, August 10, 1971, p. 1209.

(2) Véase la reciente antología de Jordi Solé-Tura, *Cultura y literatura*, Barcelona, 1972, página 257.

según Gramsci, provenían de la Toscana y se llamaban *bancarellari*, en España, ya lo sabemos, eran mercancía de los ciegos y en Francia de los *co'porteurs*, con su centro impresor en Troyes: *La bibliothèque bleue* (3).

Escasos son, por ahora, los trabajos sobre prensa y cultura popular en España. Atención especial merece el libro de Julio Caro Baroja *Ensayo sobre la literatura de cordel* (Madrid, Revista de Occidente, 1969), que despertó el interés por estos temas, así como las interesantes compilaciones de pliegos poéticos llevadas a cabo por Antonio Rodríguez Moñino. El libro de María Cruz García de Enterría, *Sociedad y poesía de cordel en el barroco* (Madrid, Taurus, 1973, 402 pp.), viene a llenar una laguna y aporta precisiones fundamentales. La base de su trabajo consiste en el análisis de 700 pliegos poéticos del siglo XVII. El amplio material le permite adelantar algunas hipótesis sobre los gustos literarios, el público y la influencia del consumo en los autores, los editores y los mercaderes. Asimismo toma en cuenta las preocupaciones y reacciones populares frente a los problemas políticos y socioeconómicos.

García de Enterría parte de los aspectos externos (tipo de papel, de impresión, de grabados) y va trabando la historia de esta literatura desde el siglo XV hasta su decaimiento en el siglo XX. Los ocho capítulos en que divide su estudio desmenuzan la compleja madeja de este género literario y su dimensión estética y sociológica. Distingue con cierta precisión entre las formas cultas y las populares, para concluir que es género «fronterizo», que acoge temas y tópicos de la literatura culta expresados de manera más simple y directa. Sin ser poesía tradicional, conserva ciertas características de aquélla, interesa, sobre todo, por su función de transmisor de corrientes literarias y folklóricas, así como de temas y formas métricas. A final de cuentas, el público decide el contenido y la forma.

Natural es que libro tan sugerente suscite interrogantes. García de Enterría sostiene (también Caro Baroja, *op. cit.*) que a partir de 1650 se observa un divorcio entre las «clases altas» (estamentos privilegiados, sería tal vez más apropiado) y las «bajas» o «el pueblo» (que preferiría llamar estado general o llano). La ruptura llega a tal punto que el pliego de cordel refleja el nuevo «mal gusto» (p. 48, *passim*) del lector. Lo sensacional, lo político, lo chocarrero emergen como temas frente al depurado gusto aristocrático de los siglos áureos. Este cambio de sensibilidad tiene explicaciones sociales y políticas

(3) Es utilísimo el estudio de Robert Mandrou, *De la culture populaire aux 17^e et 18^e siècles. La Bibliothèque bleue de Troyes*, París, 1964.

que merecen atención. Otros libros de tema análogo que iré mencionando a lo largo de estas páginas ayudarán a aclarar el panorama.

I. En 1789 escribía P. J. B. Gerbier en torno a la Revolución francesa: *Where does so much moral agitation come from? From a crowd of minor clerks and lawyers, from unknown writers, starving scribblers, who go about rabble-rousing in clubs and cafés. These are the hotbeds that have forged the weapons with which the masses are armed today* (4). Aunque de forma más oblicua, sentido parecido puede sustraerse de la conocidísima carta de Estala a Forner cuando, en 1795, aquél sugiere que hasta las prostitutas madrileñas hablaban de la vecina revolución (5). Noticias de este cariz sólo podían obtenerse al margen de la ley, pues pragmáticas y leyes sancionaban y prohibían toda novedad sediciosa. La literatura de cordel a menudo fue justamente el vehículo de noticias e información. Hasta tal punto, que la censura intervino infructuosamente para impedir la impresión del «papel menudo» que salía de los talleres tipográficos del reino. Este, a mi juicio, es uno de los valores inestimables de esta literatura de consumo que, en efecto, se publicaba de acuerdo a las exigencias del público para alimentar su afán de fantasía y su interés por las novedades políticas (6). Hasta lo sensacional (germen de la prensa amarilla) adquiere giro especial en este contenido, puesto que la chismografía palaciega sirvió en más de una ocasión para inflamar los belicosos ánimos. Baste recordar el Motín de Esquilache en 1766 (estudiado a fondo por Pierre Vilar) (7) y, cien años antes, la desbordada actividad publicística que moldeó la opinión, influyendo así en la caída del valido Fernando de Valenzuela y Enciso. Los versos desenfadados y escandalosos que circulaban, bien manuscritos o en pliegos de cordel, sirvieron para soliviantar a una levantisca población. No es casualidad que escritores cultos, tales como Quevedo, emplearan la forma satírica de los poetastros a sueldo de ciegos y mercaderes. Gracián, por su parte, la emprende en *El criticón* contra las «relaciones» o gacetas indiscretas que cacareaban todos los sucesos.

La vertiente política de la literatura «popular» es el objeto de un extenso estudio y antología de Teófanos Egido, *Sátiras políticas de la España moderna* (Madrid, Alianza Editorial, 1973, 358 pp.), que reúne

(4) Citado por Robert Darnton, «The High Enlightenment and the Low-Life of Literature in Pre-Revolutionary France», *Studies in Eighteenth Century Culture*, Case Western Reserve, volumen 3, 1973, p. 83.

(5) Reproducida por Leopoldo A. Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII*, BAE, LXI, página ccli. La estudio en el contexto de finales del XVIII en «Picornell y la Revolución de San Blas: 1795», *Economía y sociedad en los siglos XVIII y XIX. Historia Ibérica I* (1972), páginas 35-58.

(6) Amplío este tema en «Clandestinidad y literatura en el setecientos», *NRFH* (1975).

(7) «Motín de Esquilache et crises d'ancien régime», en *Economía, op. cit.*, pp. 11-34.

con gran acierto desde las «quejas» de los Reyes Católicos hasta el motín de 1808. Casi todo el material reproducido es inédito (manuscritos de la BNM), excepción sea hecha de la literatura satírica de escritores cultos, i. e. Quevedo. La introducción y notas de Egido complementan y explican algunos de los problemas esenciales que plantea en estas páginas. Parece indudable que la literatura de cordel se empleó con frecuencia como vehículo para formar la opinión pública y a ella recurrieron escritores cultos y los poetastros asalariados de libreros y mercaderes. Desde esta perspectiva, lo que percibimos como un cambio de gusto en los pliegos poéticos podría muy bien ser el resultado de un cambio de función y de lector.

II. Conviven, pues, dos formas culturales: la aristocratizante de los estamentos privilegiados y la más popular del estado general o llano. Pero muchas veces ambas se cruzan y entrecruzan. Buen ejemplo de esta tupida red son los almanaques y calendarios (que tan sabiamente explotó Torres Villarroel), los libros de caballerías, las historias de condenados y bandidos, la hagiografía, así como las relaciones y noticias sobre eclipses, terremotos y otras calamidades sísmicas. Mercancía tan heterogénea fue a menudo cargamento de ciegos vendedores. Pero si bien los autores y refundidores de mucha de esta literatura son desconocidos escribas, el escritor culto cultivó también estas formas literarias. Pedro de Espinosa no sólo concibió tratados ascéticos y antologó a sus contemporáneos; de su pluma brotó un pronóstico judicial sobre los acontecimientos de 1627 hasta el fin del mundo, para saber y evitar lo acontecido y amenazado. El eruditísimo Feijoo empleó también la literatura de cordel en opúsculos polémicos contra sus detractores. El opúsculo, género de impresión económico que se imprimía tanto de manera clandestina o semi-clandestinamente, fue con frecuencia portavoz de novedades prohibidas. Baste aquí mencionar la epidemia de arbitrios que se desata al mediar del siglo XVII y, desde otra perspectiva, los anónimos folletos que difundían el pensamiento moderno (Locke, Bayle).

Las gacetas y relaciones, a su vez, son el primer paso hacia la prensa, eficaz medio para estimular la opinión pública y crear la propaganda política. Estos «papeles sueltos» de noticias eran bien conocidos ya en los siglos de oro. A menudo copiaban cuanto publicaban los gacetilleros de Holanda y Francia, razón por la cual Gracián la emprende contra las relaciones, llamándolas mentirosas y engañosas, juicio que se repetirá continuamente a lo largo del siglo XVIII. El libro de Jesús Castañón, *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII (1700-1750)* (Madrid, Taurus, 1973, 319 pp.), explora preci-

samente el nacimiento de las revistas literarias en los albores de la prensa periódica. El *Diario de los literatos* (Madrid, 1735-1742), así como el *Antidiario*, de fechas análogas, representan el núcleo de su estudio sobre la prensa literaria. Cuatro apéndices recogen y seleccionan los papeles sueltos anunciados en la *Gaceta de Madrid* para estas fechas, enumera los libros recibidos y las reseñas publicadas en el *Diario*, así como reproduce fragmentos de los prólogos de otras tres publicaciones periódicas efímeras: *Resurrección del Diario de Madrid*, *Aduana crítica* y el *Mercurio literario*. Las dos primeras listas mencionadas traslucen el abanico de gustos e intereses del público lector: por un lado, la literatura para eruditos y letras, y, por otro, los almanaques, pronósticos y relaciones políticas de los gacetilleros. Castañón sólo anota lo publicado con permiso y licencia de impresión y, por tanto, la lista no es exhaustiva, pues excluye naturalmente los papeles sueltos que circulaban en la clandestinidad y que, como los anteriores, iban dirigidos a un público igualmente abigarrado y confuso. Hasta que contemos con estudios sobre los grados de alfabetización y los hábitos de lectura del estado llano, este público, llamado «pueblo», permanecerá en las sombras.

Más definitivo es el excelente libro de Paul J. Guinard *La presse espagnole de 1737 a 1791. Formation et signification d'un genre* (París, Centre de Recherches Hispaniques, 1973, 572 pp.), el más sólido análisis de la prensa ilustrada española emprendido hasta ahora. Guinard no sólo desmenuza el periodismo literario y político peninsular del setecientos, sino que explica los supuestos económicos y sociales que hacen posible el desarrollo de la prensa, así como los tópicos y temas más frecuentes. En todo momento queda firmemente establecido el nexo entre literatura y sociedad, géneros y público, mercado y gustos. El lento y accidentado desarrollo del periodismo no se debe exclusivamente a la censura inquisitorial y civil, sino a los altos costos de papel y de maquinaria, y a la falta de mano de obra especializada. Con frecuencia hubo de traerse del extranjero tanto maquinaria cuanto tipos y obreros diestros.

No obstante, también influyó la prohibición decretada por el conde de Floridablanca en 1791 encaminada a contrarrestar la epidemia revolucionaria. La prensa ilustrada—subraya Guinard—padeció la misma suerte que otros intentos reformistas. La excesiva protección y control del Estado y la inestabilidad de las clases medias impidieron su pleno desarrollo.

Razón no le falta a Guinard, pues ya siglos antes el impresor Miguel de Eguía lamentaba en los inicios del XVI que los talleres tipográficos de España estaban acaparados por coplas vulgares, versos

ineptos y libros sin valor (8). Vale recordar que ya con Felipe IV se percibe el desarrollo de la prensa y que ésta adquirirá mayor ímpetu a partir de los privilegios otorgados por los borbones Carlos III y IV. No es de extrañar que en 1763 se constituyese en Madrid la Compañía de Impresores y Mercaderes de Libros, con el propósito de que se

fomente la imprenta, y florezca este comercio, y el público experimente el beneficio de las mejores impresiones, y moderados precios (9).

Los directores de esta sociedad son bien conocidos de todo estudioso del setecientos, pues figuran entre los más renombrados impresores y libreros: Antonio Sanz, Angel Corradi y Gabriel Ramírez.

III. En cuanto se penetra en la literatura de actualidad del Antiguo Régimen, emerge con nitidez la proliferación de «memoriales», «testamentos», «arbitrios». Tanto los pliegos poéticos estudiados por García de Enterría cuanto las sátiras políticas antologadas por Egido comparten los temas más cultivados y seguramente los más populares: el análisis de los aspectos políticos, los problemas de las finanzas del Estado, quejas por el excesivo recargo de tributos, el problema monetario. Es decir, algunos de los cargos denunciados por los arbitristas. Este tema es el objeto de un estudio de Jean Vilar, *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro* (Madrid, Revista de Occidente, 1973, 336 pp.), que precisa, sin lugar a dudas, el surgimiento del término «arbitrista», así como los problemas económicos y sociales de esta literatura de la decadencia. Cervantes fue el primero en emplear el giro de manera burlesca en *El coloquio de los perros* (1613), para aludir a los forjadores de quimeras, a los inventores de remedios. Anteriormente, el vocablo tuvo uso técnico en las Cortes de Castilla de 1588: una petición a Felipe II denota ya la incertidumbre y confusión producida alrededor de la noción de «arbitrio» y de los promotores del «arbitrismo» (p. 36).

Los seis capítulos y cinco apéndices documentales plantean la compleja relación entre realidad y ficción paródica. Novela y teatro van elaborando un tipo literario, que partiendo de modelos reales termina en la caricatura de un estilo y un personaje. El escritor quiere denunciar tanto su ridiculez como su nocividad. El arbitrismo se plantea en la literatura imaginativa como un engaño; el público espera en el relato o en la escena la aparición del hombre un poco ridículo, que despliegue su memorial (p. 140). Es un hombre de edad, que vive

(8) Citado por Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, México, 1966, p. 131.

(9) El documento se encuentra en AHN, Consejos 11275. Falta un estudio a fondo sobre esta sociedad.

quizá del pasado, algo maniaco que espera la fortuna y se dedica a abordar falsos problemas, dificultades insuperables. Propone a los males más complejos un «remedio único»: está loco, aunque es el ingenioso inventor. El tipo del arbitrista es algo esquemático en la literatura áurea, explica Vilar; sin embargo, hay matices: en ocasiones, según los casos, los períodos y los autores puede ser ridículo u odioso. El escritor caricaturiza su psicología y hace parodia literaria de su lenguaje.

Vilar contrapone la sátira literaria antiarbitrista (Cervantes, Lope, Quevedo, Castillo de Solórzano, Salas Barbadillo, Vélez de Guevara, Alarcón, Moreto), con la explicación de lo que significaba un arbitrio real en estas primicias de la ciencia económica. Si bien, en efecto, hubo muchos extravagantes inventores de quimeras, algunos arbitristas —que Jean Vilar desentierra del olvido— se preocupan por dar soluciones prácticas a problemas concretos: González de Cellorigo, Martínez de Mata, Pérez de Herrera, Sancho de Moncada. Pero, concluye Vilar, la actitud ante el arbitrista refleja ciertas características de los hombres del Siglo de Oro: socialmente conservadores y políticamente antidemocráticos. A través de la sátira contra los arbitristas se presenta un ataque contra la manía del pueblo de saber demasiado sobre la manera de gobernar y contra la debilidad del rey si escuchaba demasiados consejos (p. 256). Las gentes competentes son peligrosas porque son interesadas, y las gentes desinteresadas son igualmente peligrosas porque son incompetentes. *La hora de todos* emerge aquí como uno de los más elaborados y finos textos antiarbitristas. Otros autores, tal José Camerino (*La dama beata*, 1655), esconden sus arbitrios reales en aparente sátira

A la luz del estudio de Jean Vilar se entienden con mayor claridad algunos de los temas y tópicos de la literatura satírica de la España moderna.

IV. Cultura aristocratizante, por un lado, y literatura popular, por otro. Mezclas, contrapuntos, encuentros, choques, o bien zonas de enlace. Hasta tal punto que los arbitristas o «economistas primitivos» (como los llama Pierre Vilar) (10), saltan a la literatura culta y son también modelo y tópico en la de cordel. De los abigarrados tomos de arbitristas y proyectistas, llenos de citas de las Escrituras y la patrística, sólo se toma lo más sencillo y directo. «Perico y Marica», el «Patán de Carabanchel» y otros personajes tradicionales de la literatura de cordel registran lo fundamental: hambre, escasez, tributos

(10) «Les Primitifs espagnols de la pensée économique. *Quantitavisme et Bullionisme*», *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les hispanistes français*, Bordeaux, 1963, pp. 261-284, traducido al español en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, 1964, pp. 175-207.

excesivos, mala administración. A menudo ambas vertientes coinciden; no por azar algunos osados pensadores recurrieron al diálogo y al ensayo para presentar de forma sencilla y directa sus nuevas interpretaciones de la naturaleza. Galileo, Pierre Bayle, Fontenelle emplean el diálogo, y Feijoo da a conocer la ciencia experimental en España a través de un *Teatro crítico* y de unas *Cartas eruditas*.

Algunos datos conocidos permiten sospechar que los lectores abundaban: las obras de Torres Villarroel se editaron varias veces y sus almanaques le rindieron fuertes ganancias. *Fray Gerundio de Campazas* se agotó casi en seguida y algunas de las tiradas de los pliegos y opúsculos de rimadores anónimos alcanzaron 2.000 ó 3.000 ejemplares. Estos datos, por ahora escasos y desperdigados, apuntan en una dirección: el nacimiento de la literatura como bien de consumo. El despegue económico de las postrimerías del XVII, así como las mejores educativas y el surgimiento de una clase media, aunque inestable e insegura, hicieron brotar un público lector, ese «amigo vulgo» aficionado a comprar y a leer «papeles sueltos». Hasta tal punto que en 1760 un emprendedor publicista, Mariano José Nifo, inició la producción por entregas en cuadernillos de aparición periódica destinados a reunirse en tomos económicos (11). Ese nuevo método de publicación cobró ímpetu a finales de siglo con volúmenes titulados «Misceláneas», «Cartas de temas variados». Allí coexisten artes y letras y noticias de libros extranjeros—ingleses, franceses, italianos, alemanes—de tema literario, político, histórico, social y filosófico. A lo largo de estas tiradas encontramos reseñas sobre la novela inglesa, sobre la filosofía de Kant, Locke, Hume, Benjamín Franklin, noticias de viajes, novelitas cortas, cuentos orientales, traducciones de Marmontel y D'Alambert, entre otros, así como enconadas polémicas literarias. El afán por estar al día, la búsqueda del «buen gusto» y la civilidad fueron posiblemente los verdaderos promotores de los cajones de sastre impulsores de la literatura como bien de consumo.

Aunque la empresa de Nifo se caracteriza ante todo por su éxito sin precedentes, otros escritores se habían iniciado en las letras de modo análogo. Torres Villarroel, el burgués cortesano, publicó los primeros cuatro trozos de su *Vida* como «papeles» que vendían las librerías y quincallerías del reino. En 1752 los recogió añadiéndoles otra parte, y en 1768 publicó una nueva edición con un sexto trozo. Las *Cartas marruecas* de Cadalso aparecieron primero a manera de

(11) El título de la obra es *Curiosa colección de piezas inéditas o raras de antiguos escritores españoles*. Se publicaron siete volúmenes entre 1760-1761; se reimprimió en Pamplona en 1762 y en Madrid en 1781. En Cataluña salió algo parecido bajo el título *Cajón de sastre catalán (1761-1762)*. Consúltese el estudio de María Gracia Profetti «El Cajón de sastre: scelte litterarie e pubblico», *MSI* 16 (1958), pp. 229-256.

folletín en *El correo literario de Madrid*, en 1789, y luego se vendieron en entregas sueltas, hasta que en 1793 se reunieron en volumen. Estos son algunos de tantos ejemplos que reflejan no sólo nuevos hábitos de lectura, sino un público distinto. Con estos autores y publicistas aparece la literatura como consumo literario que hará eclosión durante el siglo siguiente: el decimonónico siglo de la burguesía.

A lo largo de estas páginas hemos aludido a varios estudios recientes que, desde distintas perspectivas, apuntan, a nuestro juicio, a un mismo blanco: la sociedad capitalista que va emergiendo en España, particularmente en las postrimerías del siglo XVIII, que subvierte valores, gustos y tradiciones. La literatura culta busca sectores de público más amplios, mientras hace su aparición el editor de colecciones y bibliotecas, y el escritor profesional pendiente de los gustos y modas de sus lectores.—IRIS M. ZAVALA (*Dep. of Spanic Languages. Suny at Stony Brook. Stony Brook, N. Y. 11794. USA*).

LEOPOLDO MARECHAL: «ADÁN BUENOSAYRES» O LA BUSQUEDA DEL ABSOLUTO

Múltiple y diversa es la temática que Leopoldo Marechal desarrolla en su novela *Adán Buenosayres*. No obstante, hay una nota a la que parecen referirse todas las demás y que constituye algo así como el hilo conductor que da unidad a este extenso trabajo. Este *leitmotiv* centralizador y unificante consiste en la búsqueda incesante del sentido profundo de la vida; en una reflexión verdaderamente metafísica sobre el ser del hombre y su último destino. Esta inquietud se traduce no sólo en la novela a la que nos referimos en estas páginas, sino que impregna toda su producción: la poesía, la novela, el teatro y el ensayo.

En el libro sexto de *Adán Buenosayres*, que el autor titula «El Cuaderno de Tapas Azules», encontramos sintetizado todo el pensamiento del escritor argentino sobre las fundamentales interrogaciones del hombre y su búsqueda de respuesta. Este capítulo constituye no sólo una síntesis, sino una exposición sistemática de la dimensión metafísica del hombre tratada a través de una narración autobiográfica.

En estas líneas intentaremos hacer un análisis de la trayectoria vital de un alma que es sacudida tempranamente por las preguntas